



Hipatia Press
www.hipatiapress.com



Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://mcs.hipatiapress.com>

Repensando el Machismo Latinoamericano

Norma Fuller¹

1) Facultad de Ciencias Sociales, Pontificia Universidad Católica del Perú,
Perú

Date of publication: June 21st, 2012

To cite this article: Fuller, N. (2012). Repensando el machismo latinoamericano. *Masculinities and Social Change*, 1(2), 114-133.
doi:10.4471/MCS.2012.08

To link this article: <http://dx.doi.org/10.4471/MCS.2012.08>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to Creative Commons Non-Commercial and Non-Derivative License.

Rethinking the Latin-American male chauvinism

Norma Fuller

Pontificia Universidad Católica del Perú

Abstract

In this article I try to reflect on the validity of the identification of masculinity in Latin-American with the so-called male-chauvinism: the aggravation of virility and the predominance of man over woman. I propose that these aspects respond to a particular historical configuration in the mestizo American societies and to the intrinsically contradictory quality of the male identity in these societies. Taking as a source research carried out about urban Peruvian males, I reviewed the representations of masculinity in these populations and the changes that have crossed in the last decades. I conclude assuring that in spite of the male-chauvinism is very frequent in their discourses, the role of macho is currently the summary of a questioned masculinity and of the difficulties that male are crossing in the world where the old certainties are breaking down.

Keywords: masculinity, male-chauvinism, gender identity; Latin-America, Perú.

Repensando el machismo latinoamericano

Norma Fuller

Pontificia Universidad Católica del Perú

Resumen

En este ensayo intento reflexionar sobre la validez de la identificación de la masculinidad en Latinoamérica con el llamado machismo: la exacerbación de la virilidad y el predominio de los varones sobre las mujeres. Propongo que estos rasgos responden a la particular configuración histórica de las sociedades mestizas americanas y a la cualidad intrínsecamente contradictoria de la identidad masculina en estas sociedades. Tomando como fuente investigaciones realizadas entre varones urbanos del Perú reviso las representaciones de masculinidad de estas poblaciones y los cambios que han atravesado en las últimas décadas. Concluyo que, si bien el machismo está muy presente en su discurso, en la actualidad la figura del macho es el epitome de una masculinidad cuestionada y de las dificultades que atraviesan los varones en un mundo donde las viejas certezas se derrumban.

Palabras clave: masculinidad, machismo, identidad de género, América Latina, Perú.

A partir de finales de la década de los 60, surgió una vasta literatura dirigida a crear una nueva tradición que cuestiona las identidades de género tradicionales y busca entenderlas como no como datos naturales. Sin embargo, en la medida en que esta crítica surgió de los movimientos de liberación de la mujer, estos se centraron en la identidad femenina. Sólo en los años ochenta comenzó a plantearse la necesidad de analizar los caminos por los cuales los cuerpos, las psiques y los hábitos de los varones adquieren sustancia masculina. Desde entonces ha surgido una amplia variedad de estudios sobre masculinidad (es) e identidades sexuales alternativas. En la actualidad se pueden distinguir dos vertientes, una que intenta balancear el sesgo ginecocéntrico de los estudios de género (Parker, 1991; Cáceres, 1998) y se concentra en el estudio de la sexualidad, las prácticas reproductivas masculinas y la emergencia de las identidades gays y queer y, una segunda, mas vertida a la comprensión de las identidades masculinas como uno de los polos de los sistemas de género (Kaufmann, 1985, 1995; Connell, 1995, 1997; Kimmell, 1997; Fuller, 1997, 2001; Valdés y Olavarría, 1998).

Por otro lado, las relaciones entre los géneros se han transformado sustantivamente durante los siglos XIX y XX debido a cambios jurídicos que han consagrado la igualdad ante la ley de la población femenina, a la instalación de regímenes económicos que impulsaron el acceso masivo de las mujeres al mercado de trabajo, a la educación formal superior y al control eficiente de la fertilidad femenina. En consecuencia, las mujeres se han convertido en actores sociales y políticos de enorme importancia en la escena política y económica. Todos estos factores contribuyeron a la democratización de las relaciones familiares, a una cierta redefinición de las relaciones entre varones y mujeres. Más aún, el cuestionamiento de la legitimidad de la prioridad masculina ha socavado la confianza de los varones y mujeres en los paradigmas que dieron respaldo a las identidades de género tradicionales. De hecho, diversos autores han señalado que, en las sociedades contemporáneas, los varones atraviesan por una serie de dificultades que han sido denominadas “crisis de la masculinidad” (Kimmel, 1997; Fuller, 1997; Valdés y Olavarría, 1998a, 1998b).

La construcción de la/s masculinidad/es

En la presente exposición me centraré en el estudio de las masculinidades desde una perspectiva de género. Esta se deriva en gran medida del impulso dado por la deconstrucción del patriarcado emprendida por las pensadoras feministas de los 70 y 80s cuya contribución más importante fue el dismantelamiento del falocentrismo implícito en las teorías occidentales sobre el ser humano (Irigaray, 1974). Se hizo así evidente que la identidad del sujeto (masculina por definición) se basa en un presupuesto inicial: lo masculino es el modelo de la humanidad. De este modo, lo masculino no sería simplemente el conjunto de rasgos característicos de quienes nacen con ciertos atributos anatómicos sino que condensaría las cualidades humanas: actividad, razón, poder fuerza y así sucesivamente. Ello se expresa claramente en el hecho de que el término hombre es sinónimo de humanidad y de varón.

La fuerza del orden androcéntrico se fundaría en el hecho de que no necesita justificación: la visión androcéntrica se impone como neutra y no necesita apelar a un discurso que la legitime (Bourdieu, 1998). En consecuencia, el orden social funcionaría como una inmensa máquina simbólica que tiende a ratificar el dominio masculino sobre el que se funda. Ese programa de percepción se incorpora y aplica a todas las cosas del mundo empezando por el cuerpo. Al identificarse con el orden corporal esas relaciones se naturalizan de tal manera que las jerarquías sociales se identifican con la naturaleza y se perciben como inamovibles. Así por ejemplo, en su historia del sexo, Laqueur (1990) muestra cómo la concepción tradicional de los órganos sexuales se fundaba en un solo modelo corporal del cual el masculino era la versión plena y el femenino una manifestación disminuida del mismo. Los varones tendrían más elan vital. Por ello, sus órganos sexuales serían simbólicamente la identificación de lo masculino con lo absoluto.

Esta concepción de las identidades de género descansa en la oposición binaria por la cual lo femenino se convierte en ausente, en la negación partir de la cual lo masculino emerge como la instancia que condensaría las cualidades asociadas a lo universal, al saber y al poder. En la medida en que las mujeres están excluidas de lo masculino, lo femenino que ocupa la posición del otro contra el cual se contrasta lo

masculino. La feminización actuaría como un potente recurso discursivo que simboliza la pérdida de masculinidad y fuerza a los varones a mantenerse dentro de los límites de su identidad de género. Así por ejemplo, en el lenguaje coloquial, calificar a una persona como femenina, puede ser una manera derogatoria de referirse a ella. En sentido contrario, la virilidad se identifica con la posición erecta, la firmeza y así sucesivamente (Bourdieu, 1998). En este sentido lo femenino actúa como frontera simbólica de lo masculino, como lo abyecto (Butler, 1993) que presiona pero, sobre todo, permite visualizar las fronteras de lo masculino. Es decir, delinear sus rasgos y adquirir, por esta vía, consistencia y fijeza. Consecuentemente, la masculinidad se mueve dentro de dos paradojas: la ilusión de su fijeza (origen biológico) y el temor de perderla amenazada por lo femenino.

La masculinidad hegemónica

Los estudios centrados específicamente en la constitución de la identidad de género masculina señalan que es posible identificar cierta versión de masculinidad que se erige en norma y se convierte en hegemónica (Connell, 1995, 1997; Gutmann, 1996; Kimmel, 1997; Marqués, 1997; Valdés y Olavarría, 1998). Este modelo impondría mandatos que señalan -tanto al varón como a las mujeres- lo que se espera de ellos y ellas y constituye el referente con el que se comparan los sujetos.

Toda versión de la masculinidad que no corresponda a la dominante, sería equivalente a una manera precaria de ser varón, que ocupa una posición subordinada frente a quienes ostentan la calidad de hombres plenos. Así los obreros serían subordinados frente al patrón; los niños, adolescentes y viejos frente a los adultos; los negros e indígenas frente al blanco; los homosexuales frente a los heterosexuales y así seguidamente. No obstante, lo hegemónico y lo dependiente se definen y constituyen mutuamente. Ambas se requieren en este sistema interdependiente porque, para poder definirse como un varón logrado, es necesario contrastarse contra quien no lo es.

El modelo hegemónico de masculinidad, norma y medida de la hombría, plantea la paradoja por la cual quien nace con órganos sexuales masculinos debe someterse a cierta ortopedia, a un proceso de

hacerse hombre. Por ello, los varones deben superar ciertas pruebas y cumplir con requisitos tales como: ser fuertes y potentes sexualmente, preñar a una mujer, fundar una familia, proveerla y ejercer autoridad sobre ella. En suma, Ser hombre es algo que se debe lograr, conquistar y merecer. Asimismo, son los otros hombres – y no las mujeres - los que califican y refrendan la masculinidad del varón. Aun cuando la aprobación femenina sea fundamental para demostrar la masculinidad de un varón y la reprobación de sus parejas los torne vulnerables frente a ella, son sus pares, quienes, en última instancia consagran su masculinidad porque solo los iguales pueden asumir esta tarea.

El modelo hegemónico de masculinidad, norma y medida de la hombría, plantea la paradoja por la cual quien nace con órganos sexuales masculinos debe someterse a cierta ortopedia, a un proceso de hacerse hombre. Por ello, los varones deben superar ciertas pruebas y cumplir con requisitos tales como: ser fuertes y potentes sexualmente, preñar a una mujer, fundar una familia, proveerla y ejercer autoridad sobre ella. En suma, Ser hombre es algo que se debe lograr, conquistar y merecer. Asimismo, son los otros hombres – y no las mujeres - los que califican y refrendan la masculinidad del varón. Aun cuando la aprobación femenina sea fundamental para demostrar la masculinidad de un varón y la reprobación de sus parejas los torne vulnerables frente a ella, son sus pares, quienes, en última instancia consagran su masculinidad porque solo los iguales pueden asumir esta tarea.

Este molde restrictivo se puede vivir como una imposición que provoca incomodidad y molestia a algunos varones y fuertes tensiones y conflictos a otros. De hecho, muchos de ellos (si no la mayoría) presentan dificultades para superar todas esas vallas y satisfacer plenamente la norma, si es que alguna vez alguno lo logra. Ahora bien, aunque existan varones que critican la masculinidad hegemónica o son conscientes de que no la pueden encarnar en sus vidas, no les es fácil enfrentarla porque, así como representa una carga, también les otorga prestigio y les permite gozar de mejores posiciones en relación con las mujeres y con otros hombres inferiores en la jerarquía de posiciones masculinas.

Por otro lado, precisamente porque se trata de una posición de poder y prestigio, la masculinidad hegemónica está sometida al desafío de

diferentes versiones sobre la masculinidad, de las mujeres y de las categorías de varones que ocupan posiciones subordinadas. Así por ejemplo, es común que varones pertenecientes a razas o clases subordinadas reclamen que son más fuertes o más sexuados que los de los sectores dominantes a quienes califican de débiles o afeminados. Ello muestra que la masculinidad es también un campo móvil, sometido a un proceso continuo de redefinición y crítica.

Las masculinidades latinoamericanas

Uno de los objetivos que me propuse al iniciar mis investigaciones sobre las identidades masculinas fue criticar la identificación del llamado macho con la masculinidad típica en América Latina. Buscaba demostrar que este estereotipo nos impide comprenderla bien y encontrar un camino alternativo para explicar por qué el discurso de sentido común –y en algunos casos el académico- lo aceptan como un hecho.

Según esta versión, el hombre latinoamericano se distingue por la exacerbación de la sexualidad, la competencia entre pares y la voluntad de dominio sobre las mujeres. Ello se debería a que, en las sociedades coloniales ibéricas la dominación étnica, racial y de clase fue muy acentuada y propició formas de sojuzgamiento femenino y predominio masculino mucho más marcadas que en la sociedad española o en las culturas nativas. Otros autores señalan que esto se expresó en formas de abuso hacia las mujeres de los grupos subordinados y en la reluctancia de los varones de asumirse como padres de su prole mestiza (Paz, 1959; Palma, 1990; Montecino, 1991). De acuerdo con Octavio Paz, la palabra macho, “resume la agresividad, impasibilidad, invulnerabilidad, uso descarnado de la violencia..[y] la frase “yo soy tu padre no tiene ningún sabor paternal, ni se dice para proteger, resguardar o conducir, sino para imponer una superioridad, esto es, para humillar... (1959, p. 74)”. Este influyente escritor sostiene que estos rasgos tienen su origen "en la violenta, sarcástica humillación de la Madre y en la menos violenta afirmación del Padre...El mexicano es producto de un acto de violencia en el que la madre traiciona a su pueblo y el padre desprecia a su descendencia (1959, p. 72)". Por lo tanto, sería necesario remitirnos al sistema de relaciones entre los géneros que se forjó durante el período

colonial. Este se habría caracterizado por la vigencia de múltiples códigos morales para ordenar la relación de los varones españoles con cada una de las diferentes categorías de mujeres: españolas, mestizas, nativas y esclavas (Seed, 1991; Mannarelli, 1993; Stern, 1995). Mientras los intercambios con las mujeres blancas y de posición social similar, se regían por el código del honor y se dirigían al matrimonio, los varones podían mantener relaciones consensuales con las mujeres mestizas, indias y esclavas. Esto confirió a los hombres una serie de privilegios sobre la población femenina al otorgarles, simultáneamente, acceso a mujeres de grupos raciales inferiores y reservarles el acceso exclusivo a las mujeres de su propio grupo (Seed, 1991).

Durante el período republicano los países hispanoamericanos se integraron al mercado internacional y se desmontó el régimen colonial. Sin embargo, las nuevas élites que se recompusieron en la segunda mitad del siglo XIX debieron responder al racismo que se difundió como ideología oficial en las sociedades occidentales. Para ello implementaron una política por la cual el hecho de identificarse con la cultura occidental, -simbolizada por sus hábitos culturales y sus rasgos fenotípicos-, constituían un importante criterio que las distinguía de la mayoría de la población y legitimaba su precedencia social (De la Cadena, 2000). Así, con el fin de acercarse al ideal racial caucásico y diferenciarse claramente de la mayoría de la población, propiciaron las uniones de sus mujeres con varones migrantes de Europa y Norteamérica (Oliart, 1994). De este modo, las formas de dominación étnica y racial se reciclaron y persistieron gracias a la difusión de las doctrinas racistas.

No obstante, resta responder al interrogante ¿Cómo surge y se difunde el término machismo? Parece ser que antes de 1930, 1940 el vocablo macho o machismo no aparece en el folclore mexicano (Gutmann, 1996) y se usaba solo como una cruda vulgaridad para referirse a virilidad u hombría. En el México de los años cuarenta se consolidó el estado nación, el aparato del partido en el poder y se construyó una identidad nacional moderna. En este periodo el estado emprendió una intensa labor de propaganda en torno a la construcción de la identidad nacional. En este contexto el guerrero revolucionario se convirtió en el ícono de la nueva mexicanidad. Esta imagen fue ampliamente difundida por el arte popular y por los medios de

comunicación. Estos fueron los principales órganos de propaganda del partido en el poder. Como es sabido, la música y el cine mexicanos se difundieron en todo el continente y contribuyeron a construir una identidad latinoamericana centrada en sus héroes populares. Ahora bien el guerrero se caracteriza por vivir en un mundo homosocial, apartado del ámbito doméstico y por representar de manera extrema ciertos rasgos de la masculinidad asociados a la fuerza y la competencia. No es de extrañar, entonces que el macho sea viril, violento y arbitrario.

Por otro lado, existe una intensa rivalidad entre los Estados Unidos de Norteamérica y México debido a una larga historia de guerras y invasiones. El vaquero norteno simboliza en gran medida el personaje que libró estas batallas. Él resume una combinación de individualismo y sacrificio por el bien de la nación que lo lleva a personificar el ethos de la nación. Del lado norteamericano el mexicano es el enemigo y también el migrante: portador de una cultura a la que califican de inferior. Ellos toman la palabra *macho* en su sentido literal. El macho simbolizaría al “otro” que se considera menos civilizado y a quien se atribuye, por tanto, una violencia y sexualidad menos humanas. Estas imágenes, a su vez, habrían sido difundidas a lo largo del planeta a través de la industria cultural norteamericana y devuelta a nuestros países convertidas en estereotipos. Ello se evidencia en que, en la actualidad, el vocablo *macho* se usa para designar al varón hiperviril en una amplia gama de idiomas.

En suma, lo arriba expuesto nos permite dar cuenta de los caminos por los cuales el machismo se identificó con la masculinidad latinoamericana. El interrogante que surge es hasta qué punto este corresponde a las masculinidades locales. A medida que avanzaba en mis investigaciones encontré que muchos rasgos atribuidos al macho eran parte integrante de la noción de masculinidad hegemónica pero convivían con otros que los contradecían. Así por ejemplo, la potencia sexual y la capacidad de seducir mujeres es una cualidad que en ciertos momentos o espacios puede ser festejada, en otras puede ser considerada como un rasgo de falta de hombría. Asimismo, la figura femenina no se percibe necesariamente como pasiva o asexuada. Ella puede ser más fuerte que el varón en ciertos terrenos y usar su sexualidad para sus fines. Finalmente, diversos estudios sobre fecundidad, masculinidad y paternidad (Villa, 1996; Henao, 1997;

Fuller, 2000; Viveros, 2000; Olavarría, 2001; Ramos, 2006) encuentran que los varones valoran positivamente la paternidad pero que está en permanente tensión con la autonomía social y sexual de la cual podrían disponerlos varones fuera del mundo doméstico, y con las deficientes condiciones materiales que impiden el buen desempeño de los roles de padre y proveedor que les prescribe la cultura local.

Parecería, pues que no se trata de que el llamado machismo no exista sino que la difusión de esta imagen ha distorsionado nuestra comprensión de las masculinidades en América Latina porque ha enfocado solo ciertos aspectos, los más llamativos, de ellas ignorando que éstas incluyen muchas facetas. ¿Cómo entonces explicar la coexistencia de todos estos elementos? Y, sobre todo, ¿Cómo, contribuir a entender la identidad de género masculina en América Latina y el Perú sin caer en el estereotipo ni en el victimismo?

Las masculinidades en el Perú

Para entender la complejidad de esta construcción y sus contradicciones llevé a cabo diversas investigaciones entre varones urbanos del Perú. En ellas propongo que la identidad masculina es inherentemente contradictoria porque se define a través de tres ejes o dimensiones a los que he llamado (para fines analíticos) *natural*, *doméstico* y *público*. Cada una de ellos se funda en códigos morales diferentes e incluso opuestos. Sin embargo, todos los varones deben, de algún modo, responder a sus demandas en el proceso de constituir sus identidades de género.

El aspecto natural de la masculinidad se refiere a los órganos sexuales y a la fuerza física. Estos rasgos se perciben como el núcleo de lo masculino ya que se fundan en características supuestamente innatas e inamovibles. Sin embargo, deben convertirse en sexualidad activa y fortaleza (vigor y valentía). Este proceso se define como un desarrollo de cualidades innatas pero, en la práctica, es cuidadosamente vigilado y dirigido. De hecho, la socialización primaria en el hogar, la escuela, los pares, así como la ideología hegemónica sobre la masculinidad, están fundadas en el minucioso cultivo de estos atributos en el niño y el joven.

La sexualidad activa y la fuerza serían, entonces, el eje natural de la masculinidad: la *virilidad*. Esta se define como el aspecto no

domesticable de la masculinidad. Si se lo controlara totalmente el varón correría el riesgo de ser emasculado y convertido en femenino. De allí que la sexualidad se describa como un impulso que no puede ser dominado (domesticado) totalmente porque se corre el riesgo de dañarlo o reducirlo hasta la impotencia. De ahí también que la fuerza tenga una connotación peligrosa, potencialmente destructiva.

Aún cuando los atributos de la *virilidad* se van estimulando desde la tierna infancia, estos se obtienen durante la pubertad y adolescencia. En este momento del ciclo vital el niño que hasta entonces pertenecía a “la casa” y estaba bajo el control de la madre, se separa simbólicamente de ella e ingresa al mundo masculino. En adelante uno de sus grupos de referencia e identificación más importante será el grupo de pares. Ellos serán los encargados de transmitirle cierta faceta de la cultura masculina, opuesta a la de la casa y centrada en el desarrollo de la fuerza y la virilidad. Es ante ellos que el joven deberá demostrar que es fuerte y sexualmente activo. Uno de los mensajes más importantes de esta cultura es que ser viril significa romper con alguna de las reglas de los mundos doméstico y público. Esta etapa se considera peligrosa porque el joven puede destruirse física o moralmente (De Keijzer, 1997) o quedarse fijado en este periodo y convertirse en un marginal o en el eterno inmaduro que exagera los valores viriles (fuerza sexualidad activa) y no se inserta en la vida doméstica o pública. Es el caso, por ejemplo, del drogadicto el delincuente o el don Juan.

Dentro de este juego de representaciones, la feminización es la forma más evidente de lo *abyecto*, el límite donde un varón pierde su condición de tal. Ésta ocurre debido a una excesiva prolongación del vínculo madre/hijo, cuando un varón es incapaz de imponer su autoridad sobre la esposa o la novia, cuando un rival le “pone cuernos” y, como el último y más aberrante límite, al ocupar una posición pasiva en una relación homosexual. La homosexualidad pasiva, ser penetrado por otro varón, constituye la última frontera de lo masculino en su aspecto natural: la *virilidad*. Consecuentemente, es la mayor amenaza porque esta última es el “verdadero núcleo” de la masculinidad. Un varón que quiebra esta barrera simplemente pone en entredicho su condición de tal.

Sin embargo, las prácticas homosexuales son bastante comunes durante la pubertad y la adolescencia, el período durante el cual se

confirma la *virilidad*. Desde el punto de vista de la cultura masculina estas prácticas pueden ser calificadas como inmorales pero no ponen en peligro la masculinidad de un varón. En tanto que la sexualidad se asocia a lo natural, no domesticable, ella es, por definición, difícil de controlar. Así, este comportamiento se califica como mala conducta, exceso o hipersexualidad siempre y cuando el joven asuma la posición activa. Sin embargo, el recurso a la actividad es bastante relativo porque una vez iniciado el contacto corporal la diferencia activo-pasivo tiende a borrarse.

A medida que los jóvenes maduran, se espera que tomen distancia (aunque siempre estarán presentes) frente a los ideales y demandas de la virilidad. Ellos deben –idealmente– dejar de ser jóvenes inmaduros para convertirse en “verdaderos hombres” e ingresar en el período de la hombría. Mientras que la *virilidad* (sexualidad activa y fuerza física) se representa como natural y como el núcleo de la masculinidad, la *hombría* se concibe como un producto cultural, como una cualidad que debe ser lograda. Si todo varón es viril no todos llegan a la perfecta *hombría*. Sin embargo las dos pueden ser perdidas, la feminización lleva a perder la *virilidad* mientras que el desafío público de la honorabilidad de un varón cuestiona su *hombría*.

La *hombría* se asocia a los ejes doméstico y público. La esfera doméstica corresponde a las familias de origen y reproducción. Todo varón nace dentro de una familia (hijo, hermano) y debe fundar una propia (esposo y padre.) Por lo tanto, el matrimonio, o unión estable, se considera como un paso necesario para llegar a ser un hombre pleno. Al casarse, un varón obtiene un hogar propio y una mujer que se ocupa de sus cuestiones domésticas. Asimismo, la vida conyugal les proporciona una vida sexual plena y la oportunidad de demostrar a sus pares que son sexualmente activos. Al tener un hijo de una relación públicamente reconocida, el joven se convierte en padre y jefe de familia: el eje de un nuevo núcleo social. Se inaugura así un nuevo período del ciclo vital y, sobre todo significa el punto en que el varón se consagra como tal al obtener los símbolos de la hombría: comprueba que es potente sexualmente, es jefe de una unidad familiar y responde por ella ante el mundo exterior. Es decir confirma su virilidad y se inserta definitivamente en los ejes doméstico y público.

Sin embargo, el espacio doméstico es un terreno difícil debido a que el hogar está bajo el control de las mujeres (madre o esposa.) A pesar de que los varones retienen la autoridad última, sobre todo en lo que concierne a temas relacionados con el espacio público, la casa misma (especialmente la cocina) se define como femenina y es administrada por las mujeres. Además, la autoridad del varón sobre la esposa y los hijos es uno de los pilares en que se asienta la definición de masculinidad y el código de relaciones que debería regir la esfera doméstica. Sin embargo este es un aspecto que está sometido a constante negociación entre varones y mujeres. Ello porque la casa es femenina y dentro de ella el hombre es menos importante. De este modo, la autoridad masculina en el hogar está bastante limitada por la capacidad de negociación femenina, la alta valoración que se le concede a la mujer como madre y como compañera igualmente capaz de contribuir con recursos y prestigio al proyecto familiar y por la tendencia a la igualdad en las relaciones de género.

Finalmente, la paternidad es bastante contradictoria debido a dos factores: las ambigüedades de la masculinidad y los cambios en curso en la institución familiar y en las relaciones entre los géneros. Las ambigüedades de la paternidad se derivan del hecho de que los varones pueden no reconocer a los hijos que engendran. De este modo, coexiste una gran idealización de la paternidad con amplias oportunidades para rehusar aceptar la filiación de los hijos concebidos fuera de uniones estables y/o para cumplir muy parcialmente con los deberes de proveedor. Ello se expresa en las fuertes y constantes críticas al padre ausente que atraviesan el discurso sobre la paternidad (Fuller, 2005).

Las nuevas demandas se pueden resumir en dos puntos: participar en la crianza de modo activo y establecer relaciones más cercanas y horizontales con los hijos y con la esposa. A pesar de que los varones pueden estar de acuerdo con la legitimidad de estas demandas, ellas están en tensión con la división sexual del trabajo que les exige gastar tiempo fuera del hogar y con la misma definición de la casa que se considera como un lugar femenino. Las relaciones más horizontales, por otro lado, cuestionan su posición de autoridad en la familia y, en última instancia, su masculinidad.

El eje público está constituido por la política y, sobre todo, por el trabajo. Este último es el núcleo fundamental de la identidad masculina

adulta. Ingresar al ámbito laboral significa alcanzar la condición de adulto, constituye una precondition para poder establecer una familia y es la principal fuente de reconocimiento social para los hombres. La organización de las relaciones entre los géneros atribuye a los varones el privilegio y el deber de acumular bienes y prestigio en los ámbitos productivo y político para transferirlos a sus familias y para contribuir al bien común. Esta posición legitima la superioridad y autoridad del varón porque se supone que la supervivencia del grupo familiar y de la sociedad en su conjunto depende de sus esfuerzos.

Pero el trabajo es inherentemente contradictorio porque, aunque es indispensable para la constitución de la identidad masculina, es una responsabilidad y un deber que contrastan con la libertad individual y los ideales viriles. Más aún, a menudo las exigencias del mundo laboral se oponen con las demandas de la familia. Todo varón debe mantener sus relaciones con los varones de su grupo de edad a fin de obtener los bienes simbólicos y materiales que llevará a la familia: Ello implica que disponga de parte de los recursos que produce en gastos asociados a mantener su red de amigos o sus relaciones de trabajo. Así, el consumo de alcohol con los amigos y colegas es una forma de socialidad masculina indispensable para poder ganar y conservar su lugar en este circuito. Ello es una fuente constante de tensiones.

Pienso que los elementos presentados arriba nos permiten entender de manera más sutil al llamado machismo. ¿Cómo es posible ser responsable y seductor? ¿Cómo coexisten el autoritarismo con el sentido de sacrificio y la actitud crítica frente a los privilegios masculinos? Ello se debería a que la virilidad y la hombría (ejes doméstico y público), se basan en principios éticos diferentes y, a menudo, opuestos. Así, desde el punto de vista viril un varón debe probar que es fuerte, sexualmente activo y heterosexual. Pero, si un varón se centra en los ideales de la virilidad puede convertirse en un marginal. Desde el punto de vista de la hombría debe insertarse en los ámbitos doméstico y exterior. De acuerdo con los valores domésticos debe ser responsable por y frente a otros y ser padre es su más alto logro y lo que da sentido a su proyecto de vida. No obstante, si descuida su polo viril y se sumerge demasiado en el mundo doméstico corre el riesgo de feminizarse. Por ejemplo, un varón que cumpliera totalmente con las demandas de ser un buen esposo y padre tendría problemas para cumplir con las exigencias de su

trabajo y sus pares lo acusarían de ser dominado por su esposa.

Por otro lado, la oposición entre el espacio doméstico (femenino) y el espacio público se expresa en la coexistencia de dos discursos paralelos, el doméstico que acentúa la complementariedad recíproca y solidaridad del proyecto conyugal, y el masculino que enfatiza la prioridad masculina, el monopolio del mundo externo, la solidaridad entre varones y la hostilidad entre lo masculino y lo femenino. Este contrapunto entre discursos que muchas veces se oponen es uno de los libretos más importantes de la identidad masculina. Así, la identidad masculina está cruzada por demandas que se contraponen pero que no pueden ser ignoradas porque todos estos ejes son constitutivos de ella. Cada varón vive de manera diferente esta paradoja. Es posible que privilegie un aspecto y se caracterice por ser el buen padre, el macho agresivo y conquistador o el hombre de bien. Pero esta tensión estará presente en las vidas de todos ellos.

Es posible distinguir ciertas peculiaridades, ciertos énfasis que se relacionan especialmente con la importancia que adjudican a los diferentes ejes constitutivos de la masculinidad y con el estilo de relaciones de géneros que predominan en la vida familiar y sexual. Puede decirse que quienes enfatizan los valores viriles, el eje natural, se acercan al arquetipo del guerrero o el macho. Aquellos que privilegian el eje doméstico se aproximan al modelo del patriarca que provee por lo suyos pero reclama una posición de mando en el hogar y privilegios en la esfera pública. Finalmente vemos aparecer un estilo multifacético, proteico, que intenta responder a las demandas en conflicto de los tres ejes de la masculinidad y a sus cuestionamientos actuales sin tener una respuesta definida. Sería un estilo emergente, más flexible pero también más ansioso.

Lo más probable es que los varones vivan estas contradicciones de manera cotidiana y permanente sin que ello implique que optan definitivamente por un estilo masculino u otro. Es decir, el padre dedicado y amoroso tendrá que establecer un equilibrio entre su necesidad de circular entre sus pares, invertir largas horas de su vida en el trabajo y su deseo de tonificar su virilidad a través de conquistas amorosas.

¿Cambios en las identidades masculinas?

En las diversas investigaciones que realicé sobre masculinidad en el medio urbano encontré que los peruanos de hoy, sobre todo los jóvenes, definen al machismo como una expresión de la inseguridad de los jóvenes respecto a su propia *virilidad* o a su capacidad de obtener el reconocimiento de sus pares, como el abuso de poder masculino o como una reacción irracional contra las demandas de igualdad de la mujer y su temor de ser desplazados por ellas. De este modo, ellos definen al machismo como la expresión de los aspectos más débiles o controvertidos de lo masculino en tanto que sus versiones pública y doméstica se asocian a los valores más elevados y a la "*hombría*". El verdadero hombre, -opuesto al macho irresponsable- sería aquel que cumple con sus deberes públicos y domésticos

Por otro lado, la moral sexual tradicional que adjudicaba a los varones el control de la sexualidad femenina y suponía que ellos monopolizaban los ámbitos laboral y político parece estar en franco retroceso. La mayoría de los varones de hoy considera que la esfera pública es un espacio en el cual, los varones y las mujeres tienen los mismos derechos. Paralelamente están ocurriendo giros en la sensibilidad erótica de las nuevas generaciones que llevan a que los jóvenes acepten que, en la actualidad, no es posible ejercer los controles sobre las mujeres que se consideraban "normales" en las generaciones precedentes. Más aun, ellos rechazan crecientemente la separación entre sexo y afectos que caracterizó muchas de las prácticas sexuales de las generaciones precedentes (Arias y Aramburu, 2000; Olavarría et al., 2005).

Uno de los puntos nodales de la experiencia paterna hoy día, por lo menos para las poblaciones urbanas que atraviesan rápidos cambios sociales y culturales, es el desfase entre la teoría de la nueva paternidad y una práctica entrecruzada por contradicciones. Ella podría resumirse en la dificultad, por no decir imposibilidad, de cumplir con el ideal paterno debido a que, a pesar de la creciente valoración de los afectos y la comunicación y de las actuales demandas de mayor cercanía y participación, el lugar del varón sigue perteneciendo al ámbito público, su actuación dentro de la familia se mide en primer lugar por su capacidad de proveer y la figura del padre se identifica con la del

patriarca que detenta el poder y el saber. De este modo, para los varones responder a las nuevas demandas supondría cuestionar por las bases de su identidad masculina y de su lugar (de privilegio) en la sociedad.

En conclusión, sugiero que el discurso sobre el machismo sería una manera de elaborar la naturaleza contradictoria de la identidad masculina y su incapacidad de responder a las demandas contrapuestas que se le imponen. Este habría sido difundido a través de muchas fuentes: la industria cultural mexicana de los años 40 y 50, el etnocentrismo de los países del norte (sobre todo los Estados Unidos de América) para quienes el migrante latino representa al otro incivilizado la protesta femenina frente a los privilegios masculinos, la inseguridad de los varones frente a la masculinidad hegemónica, y, finalmente, la crítica de los varones y mujeres actuales frente a un modelo de relaciones de género basado en la jerarquía racial étnica y de género que ha perdido legitimidad. En suma el machismo es, “bueno para pensar” y la masculinidad es “difícil de vivir” para los hombres y para las mujeres.

Referencias

- Arias, R. & Aramburu, C.E. (1999). *Uno empieza a alucinar... Percepciones de los jóvenes sobre sexualidad, embarazo y acceso a servicios de salud. Lima, Cuzco e Iquitos*. Lima: Redes Jóvenes-Fundación Summit.
- Bourdieu, P. (1998). *La Domination masculine*. París: Seui.
- Butler, J. (1993). *Bodies that Matter: On the discursive limits of Sex*. New York and London: Routledge.
- Cáceres, C. (1998). Jóvenes varones en Lima: dilemas y estrategias en salud sexual. En: Valdés, T. & Olavarría, J. (Eds.) (1998). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago de Chile: Isis International, FLACSO-Chile.
- Connell, R. (1995). *Masculinities*. Los Angeles: University of California Press.
- Connell, R. (1997). La organización social de la masculinidad. En: Valdés, T. & Olavarría, J. (Eds.) *Masculinidades, Poder y Crisis*. Santiago de Chile: Isis International, FLACSO-Chile.
- De Keijzer, B. (2000). Paternidades y transición de género. En: Fuller,

- N. (Ed.) *Paternalidades en América Latina*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- De la Cadena, M. (2000). La decencia en el Cuzco de los años 20. En: Enríquez, N. (Eds.) *El hechizo de las imágenes. Estatus social, género y etnicidad en la historia peruana*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Fuller, N. (1997). *Identidades masculinas. Varones de clase media en el Perú*. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Fuller, N. (2000). Significados y prácticas de paternidad entre varones urbanos del Perú. En: Fuller, N. (Ed.) *Paternalidades en América Latina*. Lima: Fondo editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Fuller, N. (2001). *Masculinidades. Cambios y permanencias. Varones de Cusco, Iquitos y Lima*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Fuller, N. (2005). Impasses de la paternidad. *Transiciones. Revista de la Asociación peruana de Psicoterapia Psicoanalítica de Niños y Adolescentes*, 10, 125-134.
- Gutmann, M. (1996). *The meanings of macho, being a Man in Mexico City*. Los Angeles: University of California Press.
- Henaó, H. (1997). Un hombre en casa. La imagen del padre hoy. Papeles y valores que destacan 400 encuestados en Medellín. *Nómadas. Género: Balances y discursos*, 6.
- Irigaray, L. (1974). *Speculum, De l'autre femme*. París: Les Editions de Minuit.
- Kaufmann, M. (1995). “Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres.” En: Arango, L.G., León, M. & Mara V. (1995). *Género e identidad, Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, Ediciones UniAndes.
- Kimmel, M.S. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En: Valdés, T., & Olavarría, J. (Eds.) *Masculinidades, Poder y crisis*. Santiago de Chile. Isis Internacional, FLACSO-Chile.
- Laqueur, T. (1990). *Making Sex. Body and Gender from the Greeks to Freud*. Massachusetts: Harvard University Press.

- Mannarelli, M.E. (1993). *Pecados Públicos. La ilegitimidad en Lima en el Siglo XVII*. Lima: Ediciones Flora Tristán.
- Montecino, S. (1991). *Madres y huachos: alegorías del mestizaje chileno*. Santiago: Editorial Cuarto Propio CEDEM.
- Olavarría, J. (2000). Ser padre en Santiago. En: Fuller, N. (Ed.): *Paternidades en América Latina*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Olavarría, J. & Madrid, S. (2005). *Sexualidad, fecundidad y paternidad en varones adolescentes en América Latina y el Caribe*. México: UNFPA México.
- Oliart, P. (1994). *Images of Gender and Race; The view from Above in Turn of the Century Lima*. Austin: Masters of Arts Thesis, University of Texas.
- Palma, N. (1990). Digresiones sobre el Goce y el Sufrimiento en el Horizonte Etológico del Macho. En: Palma, M. (Coord.) *Simbólica de la Femenidad. La mujer en el imaginario mítico religioso de las sociedades indias y mestizas*. Quito: Ediciones Abya Ayala (Colección 500 años).
- Parker, R. (1997). Hacia una economía política del cuerpo: construcción de la masculinidad y la homosexualidad masculina en Brasil. En: Valdés, T., & Olavarría, J. (eds.) *Masculinidades, Poder y crisis*. Santiago de Chile: Isis Internacional, FLACSO-Chile.
- Paz, O. (1983). *El laberinto de la Soledad*. México: Fondo de Cultura económica.
- Ramos, M. (2006). *Masculinidades y violencia conyugal*. Lima: Universidad Cayetano Heredia.
- Seed, P. (1991). *Honrar, amar y obedecer en el México colonial*. México: Alianza Editorial.
- Stern, S. (1995). *The secret history of gender*. Chapel Hill and London: The University of North Carolina Press.
- Valdés, T., & Olavarría, J. (1997). *Masculinidades, Poder y crisis*. Santiago de Chile: Isis Internacional, FLACSO-Chile.
- Valdés, T., & Olavarría, J. (1998). Ser hombre en Santiago de Chile, a pesar de todo un mismo modelo." En: Valdés, T., & Olavarría, J. (Eds) *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago de Chile: Isis International, FLACSO Chile.
- Viveros, M. (2000). Paternidades y masculinidades en el contexto

colombiano contemporáneo, Perspectivas teóricas y analíticas. En: Fuller, N. (Ed.) *Paternidades en América Latina*. Lima: Fondo editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Norma Fuller is professor at the Faculty of Social Sciences of the Pontificia Universidad Católica de Perú, Perú.

Contact Address: Direct correspondence to the author at :
Avenida Pardo y Aliaga 616, apto. 604, Lima 27, Perú
Email: nfuller@pucp.edu.pe